

# MAELSTROM

Sigrid Rausing

1

Ahora que todo ha pasado, me sorprende pensando en la historia y los recuerdos familiares; en los relatos que cohesionan a las familias y los actos capaces de desintegrarlas.

Antes creía que no había actos irreversibles; que en general era posible enmendar las decisiones tomadas y los errores cometidos. Ahora sé que algunos actos de la vida son irreversibles y pueden conducirnos a paisajes con los que jamás habíamos soñado.

\*

En Comedia onírica, obra de August Strindberg de 1902, se repite una frase: «Det är synd om människorna». La pronuncia la hija del dios Indra, la cual desciende a la tierra para comprender mejor a la humanidad y los sufrimientos que esta se inflige. No es fácil de traducir. Edwin Björkman, en su versión de principios del siglo XX, la tradujo de manera sencilla, aunque quizá algo torpe, como «Los hombres son dignos de lástima». Det är synd om människorna. Y a mi parecer, de todas las heridas que se inflige la humanidad, la drogadicción es una de las más trágicas. ¿Quién puede ayudar al drogadicto, consumido por un ansia vergonzosa, por una necesidad incontrolable? No hay medicamento: las drogas son el medicamento.

¿Y quién puede ayudar a las familias, tan implicadas en la autodestrucción del toxicómano? ¿Quién puede ayudar cuando, en la mente de este, la misma noción de «ayuda» se convierte en sinónimo de ejercicio de poder; de estado policial constituido por la familia; de fin de la libertad?

Este es un relato sobre el ser testigo de la drogadicción. En algunos aspectos es una historia corriente: dos personas, Hans

y Eva, mi hermano y su esposa, se conocieron en un centro de desintoxicación, se enamoraron, se casaron, tuvieron hijos y recayeron. Él sobrevivió; ella no. Los relatos sobre la drogadicción son idénticos en todo el mundo; no deja de ser curioso que el curso previsible de la enfermedad y de la rehabilitación borre la individualidad de los toxicómanos.

En nuestro caso la historia fue distinta, en parte porque llegó a ser del dominio público. Presenciar el declive físico y mental, aparentemente voluntario, de seres queridos provoca un dolor indecible. En ese contexto, da igual que la historia sea o no sea pública: la tristeza y la angustia son tan abrumadoras que los titulares traen sin cuidado. Aun así, nadie desea que los medios de comunicación se apropien del relato de su vida.

Bastaría esa razón para escribir un libro. Por otra parte, siempre había dado por sentado que los acontecimientos dramáticos traerían consigo un relato, acompañado de una conclusión, que guardaríamos en el archivo familiar. La historia sería contada, probablemente por los abogados; se revelarían los datos, y las generaciones futuras de la familia conocerían lo ocurrido.

Sin embargo, resultó que nadie reunía los datos. No había cronología ni un relato familiar coherente. Y, no obstante, la drogadicción de Hans y Eva fue lo peor que nos había sucedido. Nos arrastró al infierno de la tristeza muda y a cámar